Por considerarlo de interés para los centellenses, reproducimos del diario «La Vanguardia Española» del 11 de Junio de 1968, el siguiente artículo:

Ha sido hallada la sepultura de Ildefonso Cerdá

José TARIN-IGLESIAS

La noticia nos acaba de llegar a través de un ilustre arquitecto santanderino. Los restos mortales del insigne ingeniero don Ildefonso Cerdá han sido identificados en el cementerio del pequeño pueblo de Barros, perteneciente a aquella provincia montañesa.

Hacía bastante tiempo que se trabajaba para dar con la sepultura de quien tuvo la visión de la moderna Barcelona. Sin embargo, no era cosa fácil. Durante el primer Congreso Nacional de Urbanismo y el centenario de la aprobación del proyecto de Ensanche de Barcelona, se iniciaron —por parte de varios arquitectos, entre los que se hallaban Florensa, Torriente y Lavín— estas gestiones que ahora, casi a los diez años, han dado sus frutos al ser encontrada la sepultura de Cerdá.

Según los biógrafos, este ilustre ingeniero, en el verano de 1876, al no poder soportar el calor de Madrid, se trasladó al Balneario de Caldas de Besaya, situado en el término municipal de Barros, en las inmediaciones de Torrelaguna, en la provincia de Santander, donde falleció a los pocos días, concretamente el 21 de agosto de aquel mismo año. Mas lo que jamás pudo ponerse en claro fue el lugar donde Cerdá estaba enterrado. Al cabo de los años, al ser localizados sus restos, probablemente el Ayuntamiento de Barcelona, de acuerdo con el Colegio de Arquitectos de Santander, decida su traslado para que reciban sepultura, en lugar destacado, en nuestra ciudad.

Hace escasamente diez o doce años, según manifestaciones del párroco de Barros, D. Felipe Estabanez, fue abierta la tumba de don Ildefenso Cerdá y se procedió a un nuevo enterramiento, que permite en la actualidad su fácil identificación.

EL «MAS CERDÁ» DE CENTELLAS

Desde mediados del siglo XV, en las cercanías de Centellas se levanta el «Mas Cerdá», gran caserío de labor, rodeado de campos de cultivo y hermosos bosques de robles y pinos que, a partir de aquella fecha hasta 1890, perteneció —siempre por línea masculina— a la familia Cerdá. En ella, el día de Navidad de 1816, nació Ildefenso Cerdá, quien creció durante sus primeros años en el sano clima de aquellos bosques que rodeaban la finca. Mas el movimiento de los absolutistas intransigentes, llamados «apostólicos»,

que en Cataluña alcanzó extraordinario auge, obligó a la familia Cerdá —que profesaba ideas liberales— buscar refugio en Vich, donde Ildefonso cursó en aquel seminario latín y filosofía.

Fue en aquellos días vicenses cuando Ildefonso Cerdá conoció a un joven seminarista que, a los pocos años, debía alcanzar extraordinaria fama: don Jaime Balmes, quien por mediación, precisamente de Cerdá, se dio a conocer en la prensa madrileña, al ser seleccionado un artículo suyo en cierto concurso periodístico.

Pero la estancia de Cerdá en Vich fue relativamente breve, pues, más o menos hacia 1835, se trasladó a Madrid, después de una corta estancia en Barcelona, donde inició sus estudios. Por cierto que la Ciudad Condal le causó un pésimo efecto... «Laberintos, callejones —escribe uno de sus biógrafos— pretendidas plazas, muchas más huertas con pestíferos estercoleros que jardines con olorosas flores, la mitad del espacio ocupado por tétricos conventos, las iglesias rodeadas de cementerios por todas partes, el hacinamiento confuso, la negación absoluta de la ciudad soñada». En definitiva, Barcelona se le aparece bajo una impresión de estrechez y ahogo; impresion que bien podríamos calificar de providencial para el futuro de la urbe.

En la capital de España cursó los estudios de ingeniero de caminos, canales y puertos, pero en su mente brilla la idea urbanizadora y creadora. Después de haber ocupado diversos destinos decide pedir la baja en el cuerpo y fija su residencia en Barcelona, a donde se va a consagrar al estudio de lo que sería, con el tiempo, el famoso y discutido proyecto del Ensanche, y que tantas amarguras debía causarle. Cerdá comprendió desde el primer momento la inminente pugna entre los novísimos modos y las vetustas organizaciones urbanas, tan pésimamente adecuadas para acogerlos. Como ha escrito Durán Sanpere, el proyecto de Ensanche de Barcelona llegó a constituir un drama ciudadano, en el que actuaron varios personajes principales y muchos otros secundarios.

UN HOMENAJE QUE NO LLEGÓ A REALIZARSE

Tras las innumerables vicisitudes por las que pasó, don Ildefonso Cerdá se trasladó a Madrid con la esperanza de hacer efectivas diversas cantidades que le adeudaba el Gobierno. Todo fue en fue en vano. En 1876, después de haber rechazado incluso un título nobiliario que Alfonso XII deseaba concederle, murió en Caldas de Besaya, siendo enterrado, como hemos indicado, en el cementerio parroquial de Barros.

Su muerte levantó todavía enconadas polémicas. No obstante años después, el Ayuntamiento presidido por Rius y Taulet, tras el éxito de la Exposición Universal acordó erigir un monumento a Cerdá en lo que hoy es parte norte de la Plaza de Cataluña, cruce con el incipiente Paseo de Gracia. La idea avanzó, e incluso el propio Rius y Taulet mostró a los familiares del insigne ingeniero los planos maqueta del monumento, pero las corporaciones que siguieron a la del gran alcalde barcelonés, pronto abandonaron el proyecto y Cerdá se quedó sin monumento, hasta que, en parte, fue reparada esta omisión con el postrer homenaje que le dedicaron en 1959 —centenario de la aprobación del proyecto de Ensanche de la ciudad— una de las corporaciones que ha presidido el alcalde Porcioles.

Desde 1959, pues, la Ciudad Condal cuenta con una plaza dedicada a Ildefonso Cerdá y con un monumento —por cierto de estilo muy moderno y simbólico—, en una de las zonas de categoría residencial más atrayentes de la urbe.